

## ACTO SEGUNDO

### ESCENA PRIMERA

ORESTES. PYLADES.

OREST. De la muerte el camino es el que hollamos.  
¡A cada paso mi alma se apacigua!  
Cuando á Apolo rogué me libertase  
Del séquito terrible de las furias,  
Pareció prometerme con palabras—5  
Dignas de un Dios y en esperanza ricas,  
Remedio y salvación aquí en el templo  
De su hermana, que en Taurida domina,  
Y así lo cumple, porque con la vida  
Su término hallará todo mi duelo.—10  
Fácil me es renunciar á la esplendente  
Lumbre del sol, porque de un Dios la mano  
Mi pecho oprime y turba mis sentidos.  
Si es que el nieto de Atreo en la batalla  
Ganar no debe la triunfal corona:—15  
Si al igual de mi abuelo y de mi padre  
Ha de correr mi sangre en Holocausto,

¡Sea! Mejor aquí, en el ara sacra  
Que en ignoto rincón, donde las redes  
El paciente asesino astuto tiende.—20  
Dejadme mientras tanto en paz, espíritus  
Interrráqueos, que cual perros sueltos  
Os lanzáis tras el rastro de mis pasos  
Que en sangre van marcando mi sendero.  
¡Dejadme! Pronto bajaré á buscaros—25  
Y no nos verá más la luz del día.  
El tapiz verde, hermoso de la tierra  
No es lugar de las larvas. Allá abajo  
Os buscaré. Allí, en la noche eterna,  
Igual destino á todos ha de unirnos.—30  
¡Solo á ti, de mi suerte y de mi culpa,  
¡Oh Pylades! partícipe inocente,  
Con qué dolor te llevo antes de tiempo  
A aquella tierra infausta! ¡Por tu vida  
O tu muerte tan sólo espero ó temo!—35

PYLAD. Para bajar al reino de las sombras  
No estoy, Orestes, como tú, dispuesto,  
Y aun en este sendero laberíntico  
Que á las tinieblas conducir parece,  
Cómo á la vida he de tornar, discurro;—40  
En la muerte no pienso, escucho y miro  
Si tal vez, para fuga venturosa,  
Modo y vía los dioses nos preparan.  
Que se la tema ó no, siempre la muerte  
Se acerca irremisible. Alta la mano—45  
He de ver yo, de la sacerdotisa



Para cortar nuestros flotantes rizos,  
Y aun en salvarnos estaré pensando.  
Reconforta tu espíritu; dudando  
El peligro aceleras. En el templo—50  
De su hermana, según la voz de Apolo  
Están tu calma y la posible vuelta.  
Las palabras de un dios, de dos sentidos  
No son, como recela el afligido.

OREST. El velo tenebroso de la vida—55  
Me echó mi madre encima desde niño,  
Y crecí fiel imagen de mi padre,  
Siendo para su amante y para ella  
La más cruel censura, mis miradas.  
¡Cuantas veces Electra silenciosa—60  
Sentada estaba en la grandiosa estancia  
Junto al hogar, y asiéndome á su cuerpo  
Miraba yo asustado de hito en hito  
Sus lágrimas correr! Entonces ella  
De nuestro padre glorias me contaba.—65  
¡Oh! ¡Cuánto ansiaba verle, acompañarle,  
Con él estar en Troya ó que él tornase!  
¡Por fin la hora llegó!

PYLAD. Deja que sirva  
Para solaz de espíritus nocturnos;  
Y de mejores tiempos el recuerdo—70  
En la carrera heroica, nos dé fuerzas.  
Menester han los dioses de hombres buenos  
Que les sirvan doquier por la ancha tierra,  
Y han contado contigo, y no quisieron

Que de escolta tu padre te llevase—75  
Cuando al Orko bajó mal de su grado.

OREST. ¡Oh! ¡Si á los bordes de su manto asido  
Yo le siguiera!

PYLAD. Pues de mí cuidaron  
Los que te retuvieron, que no alcanzo  
A concebir mi vida sin tu vida.—80  
Solo por tí, desde la infancia tierna  
He vivido y podré seguir viviendo.

OREST. No me recuerdes los hermosos días  
En que me dió tu casa franco asilo  
Cuando tu noble padre cariñoso—85  
Cuidaba de la flor medío marchita;  
Cuando tú, compañero siempre alegre,  
Cual leve, abigarrada mariposa  
De obscura flor en torno, en torno mío  
Dábame con tus juegos nueva vida,—90  
Reflejábase en mi alma tu contento  
Y contigo mis cuitas olvidando,  
En juvenil arranque me lanzaba.

PYLAD. Al amarte, mi vida dió comienzo.

OREST. Verdad dirás, si dices «mi desdicha».—95  
Lo más penoso de mi adversa suerte  
Es que, cual apestado, maldecido,  
Muerte y dolores en mi seno llevo;  
Y al pisar el lugar más saludable,  
Los rostros que mostraban lozanía,—100  
Pronto acusan dolor mortal y angustia.

PYLAD. Yo hubiese antes que nadie perecido,







- PYLAD. Nos trae de un dios la voluntad excelsa.  
 OREST. Luego es su voluntad la que nos pierde.—160  
 PYLAD. Haz lo que te han mandado hacer, y espera.  
 Si consigues llevar Diana á Apolo  
 Y en Delphos moran juntos venerados  
 Por un pueblo de nobles pensamientos,  
 En gracia de esta acción, los dos hermanos—165  
 Propicios te serán, y han de arrancarte  
 De manos de las furias. Por de pronto,  
 Ya en este santo bosque entrar no intentan.  
 OREST. Así al menos tendré muerte tranquila.  
 PYLAD. Yo pienso de otro modo: no sin arte,—170  
 Meditando en silencio, he combinado  
 Con lo que ha de pasar lo sucedido.  
 Quizás data de lejos en los dioses  
 El designio de esta obra. Diana ansía  
 Dejar las rudas costas de los bárbaros—175  
 Y huir de sus sangrientos sacrificios.  
 A esta obra hermosa fuimos destinados;  
 Encargada nos fué, y por modo extraño  
 Aquí á la puerta sin querer vinimos.  
 OREST. Con rara habilidad lo decretado—180  
 Por los dioses y tus deseos urdes.  
 PYLAD. ¿Y donde está la ciencia de los hombres  
 Si la divina voluntad no inquietan?  
 Un hombre noble cae en grandes faltas,  
 Y un dios le llama para encomendarle—185  
 Lo que imposible ejecutar parece.  
 El héroe vence, espía, y de este modo

- Sirve á los dioses y le ensalza el mundo.  
 OREST. Si vivir trabajando es mi destino,  
 Qúiteme un dios de la cabeza el vértigo—190  
 Que á la muerte me arrastra resbalando  
 Por la senda empapada con la sangre  
 De mi madre, y agote compasivo  
 Aquellas fuentes que de sus heridas  
 Brotando eternamente me salpican.—195  
 PYLAD. Con más calma lo espera: el mal aumentas  
 Y haces de furia: quédate tranquilo.  
 Deja que reflexione, y si á la postre  
 Conviene que obren juntas nuestras fuerzas,  
 Te llamo, y con audacia y sangre fría—200  
 Los dos unidos hasta el fin iremos.  
 OREST. ¡Oyendo estoy á Ulises!  
 PYLAD. No te burles;  
 Cada cual elegir debe sus héroes,  
 Y preparar siguiéndolos, su modo  
 De subir al Olimpo. Te confieso—205  
 No tengo por vergüenza en el que emprende  
 Empresas arduas, cauto ser y astuto.  
 OREST. Yo sólo estimo al arriesgado y recto.  
 PYLAD. Por eso tu consejo no he pedido.  
 Un paso ya está dado. Por los hombres—210  
 Que nos guardan, sacar mucho he podido.  
 Una extranjera, á diosa semejante,  
 La sanguinaria ley tiene en suspenso,  
 Y á los dioses ofrece incienso, preces  
 Y su corazón puro. Mucho alaban—215



Su bondad. Se la cree descendiente  
De la raza amazóna, y fugitiva  
Por evitar alguna gran desgracia.

- O REST. Pues su reino de luz, al acercarse  
El criminal á quien persigue y cubre—220  
La negra maldición, perdió su fuerza.  
La piedad sanguinaria, el uso antiguo  
De sus trabas soltó para perdernos.  
Mátanos la fiereza del monarca:  
No hay mujer que nos salve si él se enoja.—225
- PYLAD. Fortuna es que lo sea, porque un hombre,  
Aun el mejor, su espíritu acostumbra  
A la crueldad, llegando al fin y al cabo,  
De lo que detestaba, á hacerse leyes  
Y le endurece y cambia la costumbre.—230  
La mujer siempre siente de igual modo  
Aquello que la mueve; en bueno ó en malo  
Se cuenta más con ella. Ahora, ¡silencio!  
Ella se acerca aquí, déjanos solos;  
No es prudente confiarle desde luego—235  
Nuestro nombre y sucesos: tú, sepárate:  
Antes que hable contigo iré á encontrarte.

ESCENA II

IFIGENIA. PYLADES.

- IFIG. ¿De dónde eres y vienes, extranjero?  
¡Habla! Más bien que debo compararte  
A un griego que á un escita, me parece.—240

(Le quita las cadenas.)

- ¡Libertad peligrosa te estoy dando!  
¡Desvíen los dioses lo que os amenaza!
- PYLAD. ¡Oh voz suave, bien hallado tono  
De la materna lengua en tierra extraña!  
¡Prisionero, de nuevo ante mis ojos—245  
Los azulados montes de mis puertos  
Regocijado veo! Este mi gozo  
Te responda, que yo también soy griego.  
¡He podido olvidar por un instante  
Cuán de ti ha menester el alma mía—250  
A tu radiante aparición tornando!  
¡Oh, dime si tus labios algún hado  
No sella! ¿De cuál raza de las nuestras  
Procedes, que á los dioses te asemejas?
- IFIG. La electa por su diosa y consagrada—255  
Sacerdotisa, hablando está contigo.  
Esto te basta. Tú quién eres dime,  
Y qué dañado intento del destino  
Aquí te trajo con tus compañeros.
- PYLAD. El mal que nos persigue con constante—260  
Perseverancia, fácil me es decirte.  
¡Así pudieses darnos, ¡oh divina!  
Una mirada de esperanza alegre!  
Somos de Creta; es nuestro padre Adrasto;  
Yo, el más joven, por nombre tengo Céfalo,—265  
Y el otro Laodamo el primogénito  
Es de la casa. Díscolo el de en medio,  
Ya en sus juegos turbaba y dividía



La alegre unión de nuestra edad primera.  
 Mientras mi padre combatía en Troya,—270  
 Tranquilos á mi madre obedecemos;  
 Mas cuando vino de botín cargado  
 Y murió á poco, separó la lucha  
 Por el reino y la herencia á los hermanos.  
 Yo, al mayor me incliné, éste á su hermano—275  
 Dió la muerte. Las furias desde entonces  
 Por la sangrienta culpa le persiguen  
 Por una y otra parte, y desde Delfos  
 Nos manda Apolo á esta inclemente orilla  
 A esperar, en el templo de su hermana,—280  
 La mano bienhechora del auxilio.  
 Presos nos han cogido; á tu presencia  
 Cual víctimas nos traen: ya sabes todo.

IFIG. ¿Cayó Troya? Asegúramelo, amigo.

PYLAD. ¡Cayó! ¡Tú así salvarnos me asegures!—285

Apresura ese auxilio prometido  
 Por un dios: compadézcate mi hermano  
 Y dile una palabra de consuelo.  
 Pero al hablar con él hazlo con tino,  
 Te lo ruego, que suelen fácilmente—290  
 La alegría, el dolor ó los recuerdos  
 Turbarle en su interior y estremecerle.  
 Febril delirio le acomete entonces,  
 Y de este modo su alma hermosa y libre  
 Queda rendida y presa de las furias.—295  
 IFIG. ¡Yo te conjuro! Hasta satisfacerme,  
 Olvida, aunque es tan grande, tu infortunio.

PYLAD. La famosa ciudad que se sostuvo  
 Diez años largos contra el griego ejército,  
 Cayó: no volverá jamás á alzarse.—300  
 Pero de nuestros héroes muchas tumbas  
 Pensar nos hacen en aquella tierra.  
 Aquiles quedó allí y su hermoso amigo.

IFIG. ¡También sois polvo, imágenes de dioses!

PYLAD. Ni Ajax, ni Talemon, ni Palomedes,—305

A ver la luz volvieron de su patria.

IFIG. (Nada habla de mi padre, no le nombra  
 Entre los que murieron. ¡Aún me vive!  
 ¡Le veré! Corazón, ten esperanza.)

PYLAD. Bien les vino á los muchos que alcanzaron—310

Del enemigo amarga y dulce muerte.  
 Un dios adverso, á los que retornaron  
 En vez de excelso triunfo, preparaba  
 Desolador espanto y fin aciago.  
 ¿No llega hasta vosotros voz humana?—315  
 Pues hasta donde alcanza, ha pregonado  
 Los inauditos hechos que ocurrieron.  
 ¿Es para ti un secreto la desgracia  
 Que llenó los hogares de Micenas  
 De incesantes suspiros? Clitemnestra,—320  
 Ayudada de Egisto, dió alevosa  
 Muerte á su esposo el día de su vuelta.  
 ¡Ah! Tú veneras esta régia casa;  
 Viéndolo estoy. Tu pecho lucha en vano  
 Contra la inesperada atroz noticia.—325  
 ¿Eres acaso la hija de un amigo?



¿O es la ciudad aquella en que naciste?  
No lo ocultes de mí, ni á mal me lleves  
Que te anuncie el primero este desastre.

IFIG. Cuéntame cómo el crimen cometieron.—330

PYLAD. El día que llegó, cuando del baño  
Salía el Rey tranquilo y descansado  
Y aguardaba de manos de su esposa  
Sus vestidos, la pérfida arrojóle  
A la noble cabeza y por los hombros—335  
Un intricado y bien tejido velo,  
Y mientras él pugnaba inútilmente  
Por desasirse de la red aquella,  
Le hirió Egisto, el traidor, y de este modo  
Envuelto, fué á la muerte aquel gran príncipe!—340

IFIG. ¿Qué pago tuvo el cómplice asesino?

PYLAD. El reino y lecho de que ya gozaba.

IFIG. ¿Pasión culpable, pues, la impelió al crimen?

PYLAD. Y el sentimiento de rencor antiguo.

IFIG. ¿De qué manera el Rey pudo ultrajarla?—345

PYLAD. Con una acción cruel que si disculpa  
Para el que mata hubiere, disculpárala.  
Al Aulida llevóla con engaño  
Cuándo el viaje á los griegos contrariaba  
Una deidad con vientos tormentosos;—350  
Y allí, su primogénita Ifigenia  
Por salvar á los griegos, murió víctima  
Expiatoria, en el altar de Diana.  
Esto en su corazón causó tan honda  
Aversión, dicen, que se entregó á Egisto,—355

Su pretendiente, y envolvió ella misma  
En las mortales redes á su esposo.

IFIG. (Envolviéndose en su velo.)

Asaz has dicho: volverás á verme.

PYLAD. Hondamente parece conmovida

Por el destino de esta regia casa.—360

Sea quien quiera, al Rey ha conocido.

Es de alta alcurnia, y por fortuna nuestra

Aquí venida: ¡Corazón, silencio!

Y hacia el astro que brilla de esperanza

Con tino y animosos naveguemos.—365



## ACTO TERCERO

### ESCENA PRIMERA

IFIGENIA. ORESTES.

IFIG. ¡Desventurado! Suelto tus cadenas  
En señal de una suerte más penosa:  
La libertad que otorga el santuario,  
Como el postrer destello de la vida  
En los enfermos, es señal de muerte.—5  
Yo no puedo ni debo persuadirme  
Que perdidos estéis. ¿Cómo podría  
Para la muerte ungiros esta mano?  
Y mientras sea yo sacerdotisa  
De Diana, tocar vuestras cabezas—10  
Nadie osará. Pero si yo declino  
Mi deber, como el rey exige airado,  
Alguna elegirá de entre mis vírgenes  
Para sustituirme; entonces sólo  
Podrá asistiros mi deseo ardiente.—15  
¡Oh digno compatriota! El criado último  
Que el lar holló de los paternos dioses  
Nos es muy bien venido en tierra extraña.

¿Qué gozo y bendiciones bastarían  
Para que os recibiese siendo imágenes,—20  
Como sois, de mis héroes venerados,  
Y trayendo con nuevas, lisonjeras  
Esperanzas, alivio al pecho mío?

OREST. ¿Ocultas con propósito discreto  
Tu alcurnia y nombre, ó conocer me es dado—25  
A quién como deidad se me presenta?

IFIG. Ya me conocerás; cuéntame ahora  
Lo que he escuchado de tu hermano á medias;  
El fin de los que fueron recibidos,  
Por no esperado, mudo y cruel destino—30  
A la vuelta de Troya en sus moradas,  
Yo á esta playa muy joven fui traída.  
Sin embargo, recuerdo las miradas  
Que dirigía atónita, medrosa,  
A aquellos héroes todos. Se marchaban,—35  
Y parecía que el Olimpo abierto  
Las ilustres figuras de otros tiempos  
Para espanto de Ilión echase fuera.  
Agamenon á todos superaba.  
Di: ¿pereció de vuelta ya en su casa—40  
Por amaños de Egisto y de su esposa?

OREST. ¡Tú lo has dicho!

IFIG. ¡Ay! ¡Micena desdichada!  
¡Sembraron maldición á manos llenas  
De Tántalo los nietos inhumanos,  
Y como al sacudir la mala hierba—45  
Se esparce á miles la fatal semilla,



Así ellos á los hijos de sus hijos  
 Parientes asesinos engendraron!  
 Lo que al hablar tu hermano las tinieblas  
 Del horror me ocultaron, tú me aclara.—50  
 El último hijo de esta raza grande,  
 El lindo niño Orestes, destinado  
 A vengar á su padre, ¿de qué modo  
 Salió del día sangriento? ¿Igual destino  
 Envolvióle en las redes del Averno?—55  
 ¿Pudo salvarse? ¿Vive? ¿Vive Electra?

OREST. ¡Viven!

IFIG. ¡Préstame ¡oh sol! tus rayos de oro,

Y para darle gracias, ante el trono  
 Ponlos de Zeus, que yo soy pobre y muda!

OREST. Si la hospitalidad te une á esta casa—60

De reyes, ú otros lazos más cercanos,  
 Como tu hermoso gozo manifiesta,  
 Tu corazón sujeta, y tenlo firme,  
 Pues pasar al dolor de la alegría  
 Inaguantable debe ser. Que sólo—65  
 De Agamenon la muerte sabes noto.

IFIG. ¿Y con esta noticia no me basta?

OREST. Sólo conoces la desgracia á medias.

IFIG. ¿Qué he de temer viviendo esos hermanos?

OREST. ¿Y nada temerás por Clitemnestra?—70

IFIG. ¡Ni temor ni esperanza han de valerle!

OREST. Por eso huyó del mundo en que se espera.

IFIG. ¿Vertió su propia sangre arrepentida?

OREST. No, mas su propia sangre le dió muerte.

IFIG. No me hagas cavilar, habla más claro.—75

La incertidumbre bate de mil modos  
 Al rededor de mí sus negras alas.

OREST. ¿Y han de haberme los dioses elegido

Para anunciar un hecho, que quisiera  
 En las mudas cavernas de la noche—80  
 Tener oculto? Contra gusto mío

Fuérzame á hablar tu boca, pero tema  
 Exigirme dolores y obtenerlos.

Cuando murió su padre, ocultó Electra  
 Por salvarlo, á su hermano. Estrophio, que era—85

Cuñado de su padre, bondadoso

Tomóle y lo educó junto á su hijo

Pylades, que se unió al recién llegado

Con los de la amistad, más bellos lazos.

Crecieron, y á la par ardiente en ellos—90

Creció el deseo de tomar venganza

Por la muerte del Rey. Sin ser notados,

Disfrazados llegaron á Mycenas,

Anunciando que Orestes había muerto

Y traían sus cenizas. Recibióles—95

La reina bien; entraron en la casa.

Orestes dióse á conocer de Electra,

Y ésta el fuego atizó de la venganza,

Que en la santa presencia de su madre

Contenido se había. Con sigilo—100

Llevóle al sitio en que cayó su padre,

Donde el suelo, lavado con frecuencia,

Mostraba en leve sospechosa mancha



De la sangre vertida, rastro cierto.  
 Con su lengua de fuego describióle—105  
 De la malvada acción cada detalle;  
 Su miserable vida de criada,  
 Del criminal dichoso la soberbia,  
 Y los peligros que los dos corrían  
 Por su madre, en madrastra convertida.—110

IFIG. Y, entregándole aquel puñal antiguo  
 En la casa de Tántalo, tremendo,  
 Cayó, á manos de su hijo, Clitemnestra.  
 ¡Inmortales, que sobre siempre nuevas  
 Nubes, vivís serenos y felices!—115

¿Alejado me habéis por tantos años  
 De los hombres? ¿Tuvisteisme tan cerca  
 De vosotros? ¿Confíasteisme el encargo  
 Filial de alimentar el fuego sacro?

¿Hasta la claridad eterna y santa—120  
 De la morada vuestra, el alma mía,  
 Semejante á la llama, levantasteis  
 Para que los desastres de mi casa  
 Sintiese con más fuerza? Dime ahora  
 Algo del infeliz, habla de Orestes.—125

OREST. ¡Oh! ¡Quién pudiese de su muerte hablarte!  
 Cual fermentando en la homicida sangre,  
 Se alzó el materno espíritu  
 Invocando á las hijas de la noche.  
 «¡No dejéis huir al que mató á su madre;—130  
 Perseguid siempre al criminal! ¡Es vuestro!»  
 Ellas oyen: sus cóncavas miradas

De águila codiciosa en torno giran;  
 Agítanse en sus lóbregas cavernas,  
 Y arrastrándose, salen de sus antros—135  
 Remordimiento y duda, sus hermanas.  
 Brumas del Aqueronte ante ellas se alzan,  
 Y en sus flotantes círculos voltea  
 Eterna la visión de lo ocurrido.  
 Para perderle autorizadas, pisan—140  
 Este suelo sembrado por los dioses  
 Que un antiguo anatema les vedaba.  
 Al prófugo persiguen y le dejan  
 Solo, para causarle nuevo espanto.

IFIG. ¡Desdichado! ¡Tú estás en igual caso,—145  
 Y sientes lo que el pobre fugitivo!

OREST. ¿Qué me dices? ¿Qué caso igual presumes?

IFIG. Como á él te agobia un fratricidio; esto  
 En confianza me contó tu hermano.

OREST. No puedo tolerar que con palabra—150  
 Falsa, engañada seas, alma grande.  
 ¡Urda falaz tejido de mentiras  
 El extranjero en los ardides ducho  
 Para tender por lazo al extranjero;  
 Mas reine la verdad entre nosotros!—155  
 ¡Yo soy Orestes: la cerviz culpable  
 Hacia la fosa inclino; ansio la muerte;  
 Venga de cualquier forma, en hora buena!  
 ¡Seas quien fueres, para ti y mi amigo  
 La salvación deseo; no la mía!—160  
 Tú pareces estar aquí forzada;



Buscad traza de huir, y á mí dejadme;  
Que despeñen mi cuerpo inanimado.  
Corra hasta el mar mi sangre humeante, y llame  
A esta bárbara orilla el anatema. —165

Marchad vosotros á la hermosa Grecia  
Para empezar alegres nueva vida. (Se aleja.)

IFIG. ¡Por fin bajaste á mí, consumación,  
Hija del padre excelso la más bella!  
¡Cuán enorme tu imagen me parece!—170  
¡Alcanzo apenas á mirar tus manos,  
Que llenas de guirnaldas y de frutas  
Los tesoros nos bajan del Olimpo!  
Como al Rey se conoce, de los dones  
Por el exceso—pues estima poco—175  
La riqueza de muchos,—se os conoce  
A vosotros ¡oh dioses! en la espera  
De vuestros dones que ordenáis tan sabios,  
Pues sabéis solos lo que nos conviene:  
Veis desplegado todo lo futuro,—180  
Y á nosotros, un astro de la noche,  
Un vapor nos lo nubla. Veis tranquilos  
Nuestros ruegos filiales que os suplican  
Os deis prisa; mas nunca vuestra mano  
Las áureas celestiales frutas coge—185  
Sin que sazonen, y ¡ay del impaciente  
Que se empeña en probar el manjar acre  
Que le da muerte! ¡Oh! No queráis que pase  
Dicha que aguardo tanto y que vislumbro  
Apenas, como de un amigo muerto—190

La sombra que nos deja triple duelo.

OREST. (Que ha vuelto á acercarse á Ifigenia.)  
Si á los dioses invocas para Pylades  
Y para ti, mi nombre no menciones.  
No salvas al culpable á quien te asocias  
Y su desdicha y maldición compartes. —195

IFIG. Muy ligado está al tuyo mi destino.  
OREST. ¡No, no! Deja que solo y sin escolta  
Baje á la muerte. Ni en tu mismo velo  
Podrías ocultar de las miradas  
Con que las furias velan, al culpable;—200  
Y tu presencia, celestial criatura,  
No las ahuyenta, las desvía sólo.  
Con sus pies insolentes, bronceados,  
Hollar no pueden el sagrado bosque,  
Pero á lo lejos oigo en varios sitios—205  
Sus risas espantosas. De igual modo  
Están los lobos rodeando el árbol  
En que un viajero se salvó. Allá fuera  
Acampan, y si el bosque santo dejo,  
Saldrán, sus cabelleras de serpiente—210  
Sacudiendo, y, alzando remolinos  
De polvo, azuzarán aún más su presa.

IFIG. ¿Quieres oirme una palabra, Orestes?  
OREST. Dísela á algún amigo de los dioses.  
IFIG. Ellos te ofrecen luz que ha de guiarte.—215  
OREST. Al infierno me guía, entre vapores  
Del río de la muerte, el negro brillo.  
IFIG. ¿No tienes otra hermana más que Electra?



- OREST. A ésta conozco; á la mayor su buena  
Suerte, que tan horrible pareciónos,—220  
Libró de los desastres de la casa.  
¡Oh! Deja tus preguntas, no te asocies  
A las Erínnes, que en mi mal gozándose  
Dentro de mi alma soplan las cenizas.  
¡No quieren que los últimos carbones—225  
Del incendio voraz de nuestra casa  
En mí se apaguen! ¿Ha de atormentarme  
Siempre esta llama que exprofeso avivan  
Y que alimenta azufre del infierno?
- IFIG. Para ella traigo yo suaves perfumes.—230  
Deja que del amor el puro aliento  
Refresque el fuego que en tu seno arde.  
¿No puedes escuchar, amado Orestes?  
¿El cortejo espantoso de las diosas  
Así secó la sangre de tus venas?—235  
¿Petrifica tus huesos un encanto  
Como el que sale de la horrenda Górgona?  
¡Oh! Si la voz de la materna sangre  
Que vertiste, te llama á los infiernos,  
La voz propicia de una hermana pura,—240  
¿No hallará en el Olimpo protectores?
- OREST. ¡Llama! ¡Llama! ¿Mi pérdida pretendes?  
¿Vengadora deidad en ti se oculta?  
¿Quién eres que tu voz por modo horrible  
Todas las fibras de mi ser conmueve?—245
- IFIG. Tu mismo corazón lo está diciendo.  
¡Yo soy! ¡Mírame Orestes! ¡Ifigenia!

- ¡Vivo!
- OREST. ¿Tú?
- IFIG. ¡Hermano mio!
- OREST. ¡Deja! ¡Aparta!  
¡No toques mis cabellos te aconsejo!  
¡Como de Kreusas el nupcial vestido—250  
Brotó mi cuerpo inextinguible llama!  
¡Déjame! Al igual de Hércules, indigno,  
Quiero morir con ignominia y solo.
- IFIG. ¡No morirás! ¡Oh! ¡Que oiga yo siquiera  
Tranquila una palabra de tus labios!—255  
Desvanece mis dudas, afianza  
La dicha que imploré por tanto tiempo.  
Un círculo de goces y dolores  
Gira en mi alma, mi terror me aleja  
Del extranjero, mas con fuerza suma—260  
Me arrastra hacia mi hermano interno afecto.
- OREST. ¿Es este el templo de Laïs y ataca  
Delirio extremo á la sacerdotisa?
- IFIG. ¡Oh! Escucha, mira cómo mi alma se abre  
Después de tanto tiempo, á la ventura—265  
De besar la cabeza al más querido  
De los hombres, que el mundo puede darme;  
Y de estrechar tu cuerpo entre mis brazos,  
Que se abrían tan sólo al viento vano.  
¡Oh! ¡Déjame! ¡Más diáfana no corre—270  
La fuente del Parnaso borbotando  
De roca en roca y llega al valle de oro,  
Que brota de mi pecho la alegría



Y como un mar de dicha me rodea!  
¡Hermano! ¡Orestes mío!

OREST. Ninfa hermosa,—275

En ti y en tus lisonjas no confío.  
Diana exige servidoras fieles,  
Y venga el santuario profanado.  
Aleja estos tus brazos de mi pecho:  
Y si tierna ofrecer quieres á un joven—280  
A quien salves, de amor la hermosa dicha,  
Tórnese tu afición hacia mi amigo  
Que la merece más que yo. Por esa  
Senda roquiza vaga; ve á buscarle,  
Enséñale el camino, y á mí déjame.—285

IFIG. Vuelve en ti; á la que encuentras reconoce.  
Censura los transportes de una hermana,  
Mas no un insano criminal deseo.  
¡De su mirada fija el desvarío  
Quitadle, oh dioses! ¡No se cambie en triple—290  
Duelo el supremo instante de la dicha!  
Viendo estás á tu hermana, tantos años  
Perdida. Diana me arrancó del ara.  
Y por salvarme trájome á su templo;  
Tú vas á ser sacrificado, y hallas—295  
Aquí á tu hermana en la sacerdotisa.

OREST. ¡Desdichada! ¡Que vea el sol entonces  
La última execración de nuestra casa!  
¿No está aquí Electra para que perezca  
Con nosotros también, y no su vida—300  
Para más dura suerte se prolongue?

Sacerdotisa, ¡bien! Te sigo al ara.  
Costumbre es que proviene el fratricidio  
Del tronco antiguo, y os doy gracias, dioses,  
Porque habéis decidido que me acabe—305  
Sin dejar hijos. Y he de aconsejarte  
Que no mires al sol ni á las estrellas.  
¡Baja conmigo al reino de las sombras!  
Como dragones que sulfúrea charca  
Engendra, y unos á otros se devoran,—310  
Así esta raza airada se destruye.  
Ven, sin hijos ni culpas, tú conmigo.  
¿Me miras compasiva? ¡Quita, aparta!  
¡Es la mirada con que Clitemnestra  
Buscaba ansiosa el corazón de su hijo,—315  
Y mi brazo forzado, sin embargo,  
Hirió á mi madre! ¡Espíritu indignado,  
Furias, venid! ¡En círculo dispuestas  
Asistid al gratisimo espectáculo  
Que preparasteis, el más fuerte, el último!—320  
No son odio y venganza los que aflan  
El puñal; á la hermana tierna obligan.  
¡No llores, no! La culpa tú no tienes.  
Desde mi edad primera nunca he amado,  
Cómo hubiera podido amarte, hermana.—325  
¡Sí! ¡Blande tu puñal! ¡No me perdones!  
¡Desgárrame este pecho, y da salida  
Al torrente que dentro tengo hirviendo!  
(Cae desvanecido.)

IFIG. Soportar tanta dicha y tanta pena



No puedo sola. ¿Dónde estás Pylades?—330  
 ¿Dónde podré encontrarte, hombre querido?  
 (Aléjase buscando á Pylades.)

ESCENA II

ORESTES

Dame otra copa de agua del Letheo;  
 La última fresca copa que me alivie.  
 Pronto saldrá con el postrer espasmo  
 De mi pecho la vida. Irá mi espíritu—335  
 Por las corrientes del olvido ¡oh sombras!  
 Pronto á buscaros en la eterna bruma.  
 Dejad al hijo errante de la tierra  
 Benignas solazarse entre vosotras.  
 ¿Qué murmullos percibo entre las ramas?—340  
 Y en aquella penumbra, ¿qué alboroto?  
 ¡Vienen á contemplar al nuevo huésped!  
 ¿Quiénes aquellos son tan fastuosos  
 Que cual regia familia se recrean?  
 Sexos y edad mezclados van tranquilos:—345  
 Seméjense entre sí, y parecen dioses  
 Sus formas ambulantes. ¡Sí, son ellos!  
 ¡Los padres de mi casa! Con Thieste  
 Camina Atreo en íntimo coloquio,  
 Y entre ellos van jugando los muchachos.—350  
 ¿Ya entre vosotros no hay aquí rencores?  
 ¿Como la luz del sol, ya la venganza

Se apagó? Bien venido soy entonces  
 Y en tan solemne círculo entrar puedo.  
 ¡Hola, padres! Salúdaos Orestes,—355  
 El postrero de vuestro linaje,  
 Que recoge la siembra que hicisteis,  
 Y pesado anatema soporta.  
 Mas aquí son más leves las cargas.  
 ¡Admitidle, admitidle en familia!—360  
 ¡Yo os venero, Thieste y Atreo,  
 Aquí nadie conserva rencores:  
 A mi padre mostradme, que sólo  
 Una vez le vi en vida! ¡Ay! ¿Tú eres  
 Y confiado á mi madre conduces?—365  
 ¿Clitemnestra osa darte su mano?  
 Pues Orestes bien puede ir á ella,  
 Y decirle que mire á su hijo.  
 ¡A vuestro hijo mirad, saludadle!  
 En la tierra y allá en nuestra casa—370  
 Señal era de muerte el saludo,  
 Y la raza de Tántalo el viejo  
 Sus recreos encuentra *ultra noche*.  
 ¿Me llamáis? ¿Me acogéis con vosotros?  
 Pues llevadme y mostradme al anciano.—375  
 ¿Dónde está mi ascendiente? Ver quiero  
 La cabeza querida y honrada  
 Que á consejo asistió con los dioses.  
 ¿Vaciláis y volvéis vuestra vista?  
 ¿Sufrirá el semidiós por ventura?—380  
 ¡Ay de mí! Los que todo lo pueden



Sujetaron al pecho del héroe ¡  
El dolor con cadenas de bronce.

ESCENA III

ORESTES. IFIGENIA. PYLADES.

- OREST. ¿Habéis bajado ya? Muy bien, hermana:  
Electra falta aún: un dios propicio,—385  
Herida por sus flechas, nos la envíe  
Lo antes posible. ¡A ti, mi pobre amigo,  
Te compadezco! Ven á presentarte  
Al pie del trono de Plutón conmigo  
Y saludarle como nuevos huéspedes!—390
- IFIG. ¡Oh vosotros, hermanos, que del cielo  
La hermosa luz del día y de la noche  
Enviáis á los hombres, y á los muertos  
Ya no alumbráis... ¡salvad á estos hermanos!  
¡Tú que al tuyo gentil amas, Diana,—395  
Mas que á cuanto te ofrecen cielo y tierra,  
Y suspirando tornas en silencio  
Hacia su luz tu virginal mirada,  
No permitas que el mío, al fin hallado,  
Se pierda en las tinieblas del delirio;—400  
Y si ya está cumplido tu designio  
Que aquí me tuvo oculta, y nos concedes  
A él por mí y á mí por él tu ayuda,  
Rompe la maldición para que el tiempo  
Precioso de salvarnos no se pierda!—405
- PYLAD. ¿Nos reconoces? ¿Ves el sacro bosque

Y esta luz que á los muertos no ilumina?  
¿No sientes estos brazos de tu amigo  
Y tu hermana, que firmes te sostienen?  
Agárranos con fuerza; vanas sombras—410  
No somos. Mi palabra advierte; escucha;  
Vuelve en ti. Los momentos son preciosos,  
Y pende nuestra vuelta de hilos tenues  
Que hilar parece favorable parca.

OREST. (A Ifigenia.)

Deja por vez primera que en tus brazos—415  
Goce mi corazón la dicha pura.  
¡Oh dioses, que con vuestro poder igneo  
Vais las pesadas nubes deshaciendo,  
Y entre adustos y plácidos la lluvia  
Tan ansiada con truenos y con vientos—420  
A torrentes lanzáis sobre la tierra!  
Pero pronto la espera de los hombres  
En bendiciones truécase, y los sustos  
En alegría, y en acción de gracias  
Cuando en las gotas de las frescas hojas—425  
El nuevo sol mil veces se refleja  
É Iris pintada con ligera mano  
Rompe el crespón de las postreras nubes,  
También dejadme en brazos de mi hermana,  
De mi amigo, en el pecho agradecido—430  
Gozar lo que me dais y conservarlo.  
La maldición se acaba, me lo dice  
Mi corazón; oigo irse las Eumenides  
Al Tártaro. Batiendo van las puertas



De bronce, como trueno en lontananza.—435

La tierra exhala olor refrigerante

Y á buscar en sus ámbitos me invita

La gloria y los placeres de la vida.

PYLAD. No perdamos el tiempo: está medido;

Sólo, al hinchar las velas, lleve el viento—440

Nuestra dicha completa hacia el Olimpo.

¡Venid, urge tomar pronto consejo!

## ACTO CUARTO

---

### ESCENA PRIMERA

#### IFIGENIA

Cuando las deidades

Destinan á un hombre

Grandes confusiones

Y cambios tremendos

De penas á goces—5

De goces á penas,

A fin de que encuentre

Dispuesto el remedio

En la hora de angustia,

Cercano á su pueblo,—10

O en tierras lejanas

Prudente le tienen

Formado un amigo.

¡Oh dioses! ¡Benedicid á nuestro Pylades,

Y todo lo que emprenda bendecidlo!—15

Él es brazo del joven en la guerra

Y en el consejo es ojo del anciano,